

## TECNICOS EN GINEBRA

Estos cuatro señores desconocidos que por su seriedad y empaque bien pudieran ser primos hermanos de Briand, Stressman, Chamberlain y Scialoja, se han reunido en torno a una mesa bien provistos de cigarrillos, lápices, papel, ginebra y espectadores.

Los "mirones", de cemento...

—Ya sabe usted, mi querido don Juan, que mi cuerpo cuando se encuentra "en Miranda", es una lápida conmemorativa...

Y después de estas declaraciones, los cuatro jugadores y el coro, enmudecieron.

Lenta y solemne la velluda mano de un tertulio solícito, meneó las fichas. Se hizo el apartado personalmente y el mirón que avizoraba la suerte de don Juan, no pudo contenerse y exclamó:

—¡El seis doble!...

Aquel señor de la provincia de Cagayán, dándose por aludido, sonrió con modestia.

\* \* \* \* \*

—Dominó...

Los que habían perdido arrojaron sus fichas boca arriba. Como cadáveres insepultos, tenían algo macabro y desconsolador, capaz de conmovir a cualquiera; tal vez por eso, aquel amigo distraído escamoteó el cinco dos, para sepultarlo cristianamente en el hosario común.

—Veintiseis... Tres.

—Y ese cinco que se ha despistado, treinta y dos... Cuatro.

—Cuatro al papel.

—Si usted me hubiera dado el tres cuando puse a doses...

—No lo hice, porque siempre respeto la mano...

Las fichas volvieron al montón. Agitadas y revueltas por las manos "del pie", producían un ruido fúnebre, como de huesos en mármol.

—Usted sale, don José.

El señor mencionado, se sumió en una profundísima meditación; después de cálculos muy sabrosos a deducir de aquellos sus expresivos gestos, pidió una copa y dijo:

—El cuatro seis: a dos caras, como el gobierno.

—Yo, no altero el producto, me doblo al cuatro.

—Ni yo, que para no ser menos, me disloco en el seis.

—Una blanca, dijo el señor postrero.

Y el mano, hizo una recapitulación trascendental:

—Se dobla... se dobla... y una blanca...

Miró inquisitivo a los miembros de la partida; aquello de dar una blanca sin su consentimiento era, tal vez, un reto; quien sabe si una falsa suposición; quizá fuera una burla encubierta, posiblemente un engaño. Dar una blanca a principio del juego... decididamente...

Don José, suplicó:

—Un momento, señores...

Los mirones aliviados en su silencio por razón del que los jugadores hacían, convidaron a gine-

bra, mientras se comentaba la jugada anterior.

Transcurridos unos minutos, don José dió un golpe terrible en la mesa y anunció solemnemente:

—El que más chifle... ¡Capador!... A seis!

Y la desocupada concurrencia, se perdió en un rumor admirativo.

\* \* \* \* \*

—A ver, si va a poder, ser...

—Sí, hombre; cálese ustedes, que desde hace cinco juegos me ahorcan la "carroza"...

—Y no será porque se altera cuando va al robo...

—Ni porque deje de "manarle" el ojo a ese comendador que tiene a la izquierda...

—Se la ahorcan a usted, porque se le conoce en la cara al señor Aparri...

—Prohibido meterse con los "cutis" de la concurrencia.

Y el señor de Cagayán, dándose por aludido, volvió a sonreír modestamente.

\* \* \* \* \*

—Diquelando y achantando, que vienen embarcando, dijo el dueño del tres doble, y se dobló.

—Debió usted permitir que le ahorcaran, protestó su compañero.

—Por respetar su mano, tengo aquí otro cadáver; no creo que se me puedan exigir más sacrificios.

—Sí, todo lo que usted quiera, pero por su doble ahora, paso...

(Gran satisfacción en los contrarios).

—... a poner; a poner un cuatro.

(Sonrisas en el coro)

—Danos una copa...

Esta frase era una de las más interesantes. Admirable en su contenido; alimenticia en su concurrencia; concisa; alegre y cordial desde su primera palabra (tuteo para el dueño del establecimiento), hasta la última, que llenaba... (el dueño)... y satisfacía... (el cliente).

—A la salud...

—Que aproveche.

—Y usted que lo vea...

(Suprimimos el resto de los pipros estomacales, porque los mirones son muchos y cada uno contribuyó con su oratoria a consolidar los buenos deseos de que estaba llena la reunión).

Y así, una, dos tres, infinidad de horas, se pierden diariamente en el mundo para olvido de las letras y de las artes y alimento de unos cuantos señores que venden alcohol.

Pero quién sabe si a fin de cuentas, no será un mal menor esta ociosidad ginebrina... Piensen ustedes, en lo que hablarían, de que hablarían y cómo hablarían, los jugadores, tertulios y mirones de la partida de don Juan, si no mataran su tiempo cambiando unos huesecitos de dominó en las más asombrosas y científicas combinaciones...

DON GAIFEROS.